



En Notre Dame se dieron cita ochenta y cinco Jefes de Estado o de Gobierno, ministros, embajadores... Un record. Treinta mil policías protegieron a los políticos que acudieron a estas funerales que han hecho titular al siempre circunspecto "Le Monde": "Un deuil planétaire".

LOS FUNERALES QUE NO QUISO DE GAULLE CITA EN LA CATEDRAL

A veces los grandes dirigentes de hombres y naciones tienen un espíritu gremial. Esto suele suceder cuando muere uno de los suyos, un compañero de trabajo. El tañido de Notre Dame por el jubinado de Colombey ha convocado esta vez a una multitud de superhombres. No parece que fuese esta la última voluntad del difunto. Dejó escritas unas instrucciones. Estaban fechadas el 16 de enero de 1952 —durante el período de su leyenda que él dominó «la travesía del desierto»— y parecían bastante concretas. «Pour mes obsèques», escribió en el sobre. Y dentro: «No quiero funerales nacionales. Ni Presidente, ni ministros, ni comités de la Asamblea, ni autoridades públicas. Sólo las fuerzas armadas podrán participar oficialmente como tales, pero en una proporción modesta, sin música, banda o toques fúnebres». «No debe haber lugares reservados durante la ceremonia, excepto para mi familia, los compañeros de la Orden de la Liberación y el consejo municipal de Colombey».

La esposa del difunto ha reiterado que estas instrucciones de 1952 seguían siendo válidas en 1970. ¿Pero cómo podría Francia renunciar a esta gran feria internacional de los prohombres? La sutileza interpretativa ha po-

dido manipular las últimas voluntades: De Gaulle hablaba de sus funerales en Colombey, pero nada podía impedir que, simultáneamente, se celebrasen otros en la catedral de Nuestra Señora de París, aquella por entre cuyas gárgolas correteaba el jorobado de Victor Hugo en sus juegos erótico-teratológicos con la triste y perseguida gitana Esmeralda. De esta forma se ha conseguido el titular triunfalista de «France Soir»: «Paris, capitale du monde», o el del habitualmente circunspecto, medido, austero «Le Monde»: Un deuil planétaire.

Durante el recuento de los participantes en el maratón de los grandes, celebrado en la gran nave de la catedral, se ha llegado en París a la conclusión de que se ha batido un record: ¡Ochenta y cinco Jefes de Estado o de Gobierno, ministros, embajadores! Lo nunca visto: el mayor espectáculo del mundo. El sueño de un anarquista loco. Los funerales de Churchill —el otro gran jubinado— estuvieron casi a punto de llegar a lo mismo. Tuvieron representantes de 110 países —¡más que De Gaulle!—, pero fueron menos importantes: sólo hubo once Jefes de Estado, y De Gaulle ha conseguido 26. Quizá digan los ingleses que Churchill tuvo once testas coronadas y De Gaulle ha tenido menos Reyes,

pero, después de todo, Gran Bretaña es una monarquía. ¿Y Kennedy? Murió gobernando y murió a balazos, era Presidente del primer país del mundo, y, sin embargo, no tuvo más que tres soberanos, un Presidente y cuatro docenas de representantes de países. Adenauer, Eisenhower, Nasser ocupan aún lugares más bajos en esta escala de coleccionistas.

Sobre estas cuentas siniestras —a las que se añade el número de policías para proteger a los prohombres: 30.000— se obtienen consecuencias indudablemente erróneas. «Parece cómica la acusación cien veces lanzada contra De Gaulle de que había llevado a Francia a reñir con el mundo entero». No, no parece cómica: lo había hecho y quizá con sus razones. «Durante dos horas, el tiempo de un funeral, todas las querellas que dividen los países han sido olvidadas». No, no han sido olvidadas. En Vietnam, las tropas del cuerpo expedicionario de los Estados Unidos tuvieron el número más alto de bajas en las dos últimas semanas. En Argentina hubo disparos y preparativos para una huelga general. En Bruselas se discutió la fórmula de que Estados Unidos no retirasen sus tropas del territorio de los países de la OTAN. En Camboya se desarrollaba la gue-



rra civil. Algunas de las cosas contra las que había luchado De Gaulle en su vida se estaban desarrollando bajo las instrucciones de los grandes que asistían a sus funerales. Y las fábricas de armamento continuaban su trabajo. Y Kossiguin no había querido ir para no encontrarse con Nixon, y Nixon decía que no pensaba cruzar la palabra con nadie en París y que regresaría a Washington en el momento en que terminase el servicio fúnebre...

Pero parece imposible desterrar los tópicos de este mundo, y menos aún ante un hecho tan eternamente generador de tópicos —por sus tabúes, su lejana carga de supersticiones, su agitación del mundo subconsciente— como es la muerte. Alguien quizá habrá emitido el tópico inverso, el tópico ingenuo: ¿Por qué los grandes del mundo no se reúnen en torno a un tema vivo? Apenas hace falta responder. El gremio se disgrega en cuanto surgen cuestiones de concurrencia profesional. El internacionalismo sólo caja cuando es fúnebre. Acudir a un funeral no compromete a nada y está bien visto.